

NOTAS PARA LA CARACTERIZACIÓN DE UN TEXTO SEMINAL: LOS *NAUFRAGIOS* DE ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

Una inspección somera de lo que se ha escrito sobre los *Naufragios* (1542) podría llevarnos a dos conclusiones inmediatas. Nos sorprenderá, ante todo, la abundancia y diversidad del material bibliográfico, y de modo muy señalado nos llamaría la atención la retahila de juicios contradictorios que, desde el siglo XVI, se han emitido en torno a la breve narración de Cabeza de Vaca¹. Con propósitos muy disímiles, numerosos comentaristas han exaltado las facultades narrativas de Cabeza de Vaca y también las visibles torpezas de redacción que su texto contiene². Se ha indicado, más de una vez, que los *Naufragios* están desprovistos de los refinamientos expositivos que hemos celebrado en las páginas de López de Gómara, Antonio de Guevara o del Inca Garcilaso³.

¹ Ese registro de opiniones está resumido en los siguientes estudios: CARLOS LACALLE, *Noticias sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca: hazañas americanas de un caballero andaluz*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1961; DARÍO FERNÁNDEZ FLORES, *Drama y aventura de los españoles en la Florida*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1964; y JOHN UPTON TERRELL, *Journey into darkness*, Morrow, New York, 1962. Sobre algunos de los investigadores que desacreditan los *Naufragios* véase el ensayo bibliográfico de HENRY R. WAGNER, "Alvar Núñez Cabeza de Vaca: Relación", *The Spanish Southwest*, University of California Press, Berkeley, 1924, pp. 8-15; y JACQUES LAFAYE, "Les miracles d'Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1527-1536)", *BHi*, 64 (1962), 136-153.

² Quizá el estudio que con mayor objetividad calibra algunas de las deficiencias expositivas en los *Naufragios* se debe a STEPHANIE MERRIM, "Historia y escritura en las crónicas de Indias: ensayo de un método", *ETL*, 2 (1981), 193-200. La profesora Merrim prepara un estudio de mayor envergadura teórica y analítica, sobre la historiografía indiana, que aparecerá en la *Cambridge History of Latin American Literature*. Véase también SYLVIA MOLLOY, "Formulación del yo en los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca", *CH* (7), t. 2, pp. 761-766; y LUISA PRANZETTI, "II naufragio come metáfora", *Letteratura d'America*, 1 (1980), 5-28.

³ Esa disparidad se apreciaría, por ejemplo, en el importante estudio de

Creo que, inclusive, el lector ocasional observaría que el texto de Núñez incide en descripciones morosas que, en algunos pasajes, nos hacen evocar las tonalidades sombrías de la crónica medieval (por ejemplo caps. 3, 7). Además, comprobaremos que la construcción misma del proceso narrativo se expone, con facilidad, a las inferencias de lo fortuito así como a un exceso de ambigüedades que dificultan la exposición fáctica de lo ocurrido. También hay evidencia de curiosas mutilaciones sintácticas que opacan lo que el relator se empeña en comunicarnos⁴. Si bien se ve, es mucho lo que a lo largo de siglos se ha dicho en favor y en contra de la famosa narración de Alvar Núñez. Pero observaremos que casi siempre se trata de juicios sobre aspectos particularizados de la narración. Ese desequilibrio me parece inevitable, si se toma en cuenta que los *Naufragios* han sido material predilecto tanto de la investigación histórica y antropológica como de la literaria⁵. En todo caso, quizá lo que más resalta en ese grueso y desigual corpus bibliográfico es la ausencia de una valoración analítica que asuma el texto como unidad integral. Es, precisamente, ese tipo de elucidación la que intentaré en las páginas que siguen. Pero quisiera adelantar que no propongo un mero esbozo formalista de la narración, sino más bien una lectura global que reconozca tanto los rasgos específicos del enunciado como su configuración evasiva e inconclusa.

Es imprescindible que tomemos en consideración, desde un principio, esa paradójica hechura del texto. Si insisto en ello es porque su engañosa sencillez ha motivado una profusión de observaciones que, por lo general, no trascienden la dimensión anecdótica de lo relatado⁶. Para encasillarla de algún modo se ha insinuado, en más de una ocasión, que la de Núñez es, en su base, una relación —aunque espectacular— que escribió otro soldado

MARGARITA ZAMORA, *Language and history in the "Comentarios Reales"*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

⁴ Véase la elaboración sintáctica en caps. 22-27.

⁵ El registro informativo del texto lo expongo en mi estudio "La relevancia antropológica de los *Naufragios*", que en breve aparecerá en *RIM*. La importancia histórica del texto la resume, entre otros, WAGNER, art. cit., pp. 10-15; y a esas consideraciones añado otras en el estudio preliminar que contiene mi edición crítica de los *Naufragios*, que próximamente publicará la editorial Castalia.

⁶ Véase JOSÉ R. LÓPEZ-GASTÓN, *Tradición hispánica de Nuevo México*, Progreso, México, 1985, pp. 81-88; y la edición de los *Naufragios y Comentarios* de R. Ferrando, Historia 16, Madrid, 1984, pp. 7-38.

conquistador⁷. Es evidente, en todo sentido, que Cabeza de Vaca no alcanzó una formación intelectual equiparable a la que disfrutaron Fernández de Oviedo, Hernán Cortés o Gonzalo Jiménez de Quesada⁸. Pero, sin proponer comparaciones, una lectura reposada de sus textos nos revelará que Núñez logró un registro cultural que sobrepasa, con alguna amplitud, el saber que de ordinario nos deparan las primeras letras. Son muy escasos los datos que tenemos sobre la actividad escolar de Cabeza de Vaca, pero esa carencia puede compensarse mediante la notación de referencias ocasionales que aparecen en sus escritos, así como a través del cotejo de sus proemios. Creo que al adentrarnos en una exploración detallada de los textos reconoceremos un dominio de matices retóricos y de tópicos que habitualmente asociaríamos con una persona en posesión de no pocas lecturas. Más allá de esas precisiones textuales y biográficas, cabe señalar, como anticipo, que los *Naufragios* son producto de una prolongada y acaso inconclusa secuencia de redacciones. Además, el texto no sólo ha retenido ese indócil sesgo de boceto sino que a la vez encarna, subrepticamente, antinomias lingüísticas que derivan, según lo veremos, en hiatos expresivos y en pasajes de languidez descriptiva que seguramente dictaron las frecuentes incertidumbres del relator (por ejemplo, caps. 16, 26).

Con sobradas razones cabría preguntarse —sobre todo en los últimos quince capítulos— ¿en qué lengua ocurrió mucho de lo que se describe? Es razonable suponer que el impacto de vivencias lingüísticas tan extremas pudo haber afectado la capacidad de expresión que Núñez desplegaría al retomar el castellano, después de haber vivido casi ocho años en las penumbras culturales del paleolítico americano⁹. Esas y otras realidades que hoy cono-

⁷ La ubicación de los *Naufragios* y *Comentarios*, entre otras relaciones producidas por “viajeros y descubridores”, no consigna la excepcional relevancia, sobre todo, del primero. Véase FRANCISCO ESTEVE BARBA, *Historiografía indiana*, Gredos, Madrid, 1966, pp. 237-248.

⁸ Consúltese el excelente estudio de DEMETRIO RAMOS, *Gonzalo Jiménez de Quesada cronista*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1972; y el de ANTONELLO GERBI, *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, FCE, México, 1978.

⁹ Núñez vivió, principalmente, entre tribus y clanes cahuiltecas y caranaguas que habitaron áreas próximas al Golfo de México; sobre todo en las zonas costeras que hoy ocupa el estado de Texas. Son referencias de esta índole las que frecuentemente sugieren un incierto trasunto lingüístico en los *Naufragios*: “Los indios me dijeron que yo fuese a curarlos, porque ellos me querían bien [...]”. “Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extra-

ce mos sugieren la presencia, en los *Naufragios*, de informaciones diferidas e implícitas que pueden afectar o desfigurar el flujo de lo que la narración nos transmite. Son esos dobles expositivos los que nunca se han consignado al valorar el texto, a pesar de la importancia que retienen esas dimensiones un tanto secretas de la narración. Pero al iniciar una lectura orientada de tal modo, ocasionalmente advertiremos los obstáculos que supone adentrarse en un texto tantas veces condicionado por las huellas remisas de la palabra hablada y hasta por sutiles recursos nemotécnicos de un relator que al parecer todo lo guardó en sus recuerdos¹⁰. Una vez conscientes de esas peculiaridades del enunciado, no debe olvidarse que la *Relación*¹¹ de Núñez emana de evocaciones en las que él simultáneamente escribió su pasado y también sus añoranzas¹². Vale la pena recordar, desde ahora, que el suyo es un relato que se inicia desprovisto de un marco textual de referencias y que asume la difícil función de constatar, no sólo lo desconocido, sino además las propias dudas y desasosiegos del relator.

DELINEAMIENTOS Y ESTIRPE DEL TEXTO

En términos generales, las secuencias episódicas de los *Naufragios* se organizan en cinco segmentos diferenciados en contenido y ritmo expositivo. El primero abarca los dos capítulos que narran la

ña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que auía quinze o diez y seis años que había acontecido [...]” (cap. 23). Cito por la edición de M. Serrano y Sanz, *Naufragios y Comentarios*, Imprenta de Victoriano Suárez, Madrid, 1906.

¹⁰ Podremos comprobar que, tanto en su proemio como en el último capítulo de los *Naufragios*, Núñez destaca su empeño de “hacer memoria”.

¹¹ También me refiero al texto como la *Relación*, porque ése fue su título inicial. La alusión a *Naufragios* ocurre, por primera vez, en el encabezamiento de la paginación de la edición vallisoletana de 1555. El título de la edición original fue: *Relación que dio Alvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde yua por governador Pánphilo de Narbáez, desde el año de veynte y siete hasta el año de treyntay seys que bolvió a Sevilla con tres de su compañía* (Zamora, 1542). Este último dato es erróneo. No hay evidencia definitiva de que Castillo y Dorantes hubieran regresado a España en compañía de Núñez. Ese importante error da pie, una vez más, a la idea de que la edición zamorana se hizo sin el consentimiento de Cabeza de Vaca.

¹² Véanse cap. 30, y sobre todo el 36, en el que ya proyecta sus aspiraciones de regresar a aquellas tierras y enmendar los errores cometidos en contra de los indios.

salida de Sanlúcar de Barrameda el 17 de junio de 1527 y la llegada a la Española y a Cuba, así como la prolongada estancia de la expedición en esta última isla. En segundo término destaca la relación de hechos que se inician con el desembarco en la Florida y la incursión que hace la expedición de Narváez hasta la aldea de Aute en el norte de la península. Esa segunda porción del relato se inicia en el cap. 3 y concluye en el 7. A partir de esos momentos comienzan a palidecer el dinamismo y las proyecciones futuras de la empresa conquistadora. En aquellos parajes inhóspitos, situados hoy entre las ciudades de Tallahassee y Appalachicola, los españoles construirán naves para escapar de los rigores brutales del medio y la lucha casi constante con los indios. Construidas las naves, navegan bordeando la costa en dirección oeste rumbo a Nueva España, hasta dispersarse en una sucesión desesperada de naufragios. El tercer segmento de la narración se inicia en el cap. 7 y culmina en el 15. Es en esas páginas donde comienzan a narrarse las vicisitudes sufridas por los españoles en la isla de Mal Hado¹³. De allí en adelante, y ya con otro timbre, la narración con frecuencia se torna introspectiva e imprecisa, acaso porque refleja el largo ciclo de humillaciones y aislamiento que sufren los cuatro últimos sobrevivientes de la expedición. Esa cuarta etapa del relato, que es la más extensa y compleja, concluye en el cap. 33. En los últimos cinco capítulos —que constituyen el quinto segmento narrativo—, Cabeza de Vaca y sus compañeros finalmente detectan la presencia alentadora de tropas españolas que recorrían regiones nórdicas de Nueva España.

Este último sector es el que sirve como conclusión a los *Naufragios*, y en ese segmento final resaltan los dos últimos capítulos, ya que en ellos se narra la llegada de los sobrevivientes a Nueva España, las profecías inesperadas de la Mora de Hornachos, y también el retorno, un tanto novelado, de Alvar Núñez a Castilla¹⁴.

En su configuración primaria el texto de Cabeza de Vaca acata los preceptos retóricos que guiaban la preparación de *relaciones*, según se prescribían en los reglamentos forenses derivados de las

¹³ Se trata de la isla situada a la entrada del puerto de Galveston, Texas. Cf. CLEVE HALLENBECK, *The journey and route of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, Kenikat Press, New York, 1971, p. 121.

¹⁴ El ataque de piratas y corsarios franceses, así como las exclamaciones imaginativamente transcritas en un portugués incorrecto, son datos hoy no verificables, que Cabeza de Vaca, muy probablemente, añadió a su relato como incentivo adicional, y muy afín por cierto al gusto literario de la época.

artes notariales del medievo¹⁵. El diseño de la *relación*, como tipología diferenciada, conserva, en parte, su estirpe epistolar que de hecho nos remite a las *cartas reales* y de *provisión*. Aquéllos eran documentos severos que resumían las comunicaciones oficiales entre funcionarios e instituciones de la Corona. En lo que se refería a las Indias, específicamente durante las primeras décadas de la Conquista, los funcionarios recibirían, al partir, instrucciones precisas en las que se indicaba lo que debían informar a la Corona y cómo hacerlo. Tal es el caso de Alvar Núñez cuando asume sus funciones como tesorero y aguacil mayor de la expedición de Narváez. Esos documentos —derivados en parte de los edictos imperiales romanos y de las *Instituciones* de Justiniano¹⁶— no sólo especificaban las responsabilidades de funcionarios supervisores, sino que además señalaban cómo debían desempeñarse los cargos tanto en el ámbito de las prerrogativas oficiales como en un plano individualizado¹⁷. Se trataba de disposiciones de gobernación emanadas del poder real en el ejercicio de sus funciones rectoras; funciones que siempre fueron vigiladas con especial esmero en In-

¹⁵ El impacto de esa tradición retórica lo elucida ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA en su estudio "The law of the letter: Garcilaso's *Commentaries* and the origins of the Latin American narrative", *The Yale Journal of Criticism*, 1 (1987), 107-112. Véase también JAMES J. MURPHY, *Rhetoric in the Middle Ages: a history of rhetorical theory from Saint Augustine to the Renaissance*, University of California Press, Berkeley, 1974, pp. 194-268; ALFONSO GARCÍA GALLO, *Estudios de historia del derecho indiano*, Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, Madrid, 1972, pp. 123-286. De especial interés en este contexto es el estudio de WALTER MIGNOLO, "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en *Historia de la literatura hispanoamericana*, ed. I. Madrigal, Madrid, 1982, t. 1, pp. 57-116.

¹⁶ En las *Instituciones* de Justiniano comentadas por Gayo se abogaba por informes que hicieran minuciosa referencia a "personas, cosas y acciones". Cf. EUGENE PETIT, *Derecho romano*, trad. José Fernández González, Época, México, 1977, pp. 72-73.

¹⁷ Véase *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento y conquista... del Archivo de Indias*, ed. L. Torres Mendoza, Librería José Ma. Pérez, Madrid, 1870, t. 13, p. 265. En los documentos a que he aludido se estipulan los encargos oficiales que la Corona hacía a Pánfilo de Narváez. Por su parte, BUCKINGHAM SMITH, en su *Relation of Núñez Cabeza de Vaca*, New York, 1871, añade, como apéndice, las instrucciones que la Corona (a través de Francisco de los Covos) daba a Cabeza de Vaca el 15 de febrero de 1527 en Valladolid, pp. 218-223. Datos mucho más precisos sobre las responsabilidades asignadas a escribanos, alguaciles y otros funcionarios de la Corona en América, aparecen en *Colección de documentos inéditos de ultramar*, t. 24, ed. Ángel de Altoaguirre y Duvalé, Academia de la Historia, Madrid, 1931, libro 2, p. 306; 4, p. 112; 5, pp. 112, 134, 276, 324 y 325.

días, según lo verifican innumerables cédulas reales y todo el vasto aparato del Derecho Indiano¹⁸. Así, las *relaciones* que derivaban de tales medidas de gobierno eran leídas, con sumo cuidado, por los funcionarios del Consejo de Indias, por cronistas imperiales y con anterioridad por autoridades virreinales¹⁹.

En esas relaciones se procuraba con especial celo la información solicitada, que a su vez respondía a las exigencias de la *Copulala* de leyes de Indias. Estos datos, resumidos en extremo, documentan la minuciosidad con que se administró el Derecho Indiano y el rigor con que la Corona vigiló sus asuntos legales —por leves que éstos fuesen—, sobre todo si lo escrito estaba vinculado a procesos de gobernación y recaudaciones²⁰. En la práctica, la que he descrito era una tradición originada en las legislaciones romanas, pero que se vería incrementada, con mucho, por la notable tensión litigante que se había desarrollado en todo el medioevo castellano, y que cobra aún mayor ímpetu al iniciarse la colonización del Nuevo Mundo. Con el tiempo, al amplio séquito de letrados y leguleyos también se incorporaría Alvar Núñez al ocupar los cargos que la Corona le asignó en la expedición de Narváez. Recordemos que es él quien, con mentalidad de funcionario fiscalizador, informará desde Cuba —quizá prematuramente— sobre la marcha infortunada de una expedición que aún no había alcanzado su destino²¹. Algún tiempo después, ya en la Florida, al suscitarse el primer desacuerdo entre Narváez y Cabeza de Vaca, este último se comportará según los formulismos legales que se convocaban para resolver desavenencias y porfías entre funcionarios con responsabilidades disímiles.

¹⁸ Véase *Colección de documentos* (Torres Mendoza), pp. 77, 80, 537 y 540.

¹⁹ *Ibid.*, p. 235. La carta que sobre Cabeza de Vaca y sus compañeros envió el virrey Antonio de Mendoza a la Emperatriz es prueba indirecta de ese minucioso control. Una gran cantidad de datos muy útiles sobre esos controles aparecen en el valioso estudio de MANUEL DE LA PUENTE Y OLEA, *Los trabajos geográficos de la Casa de Contratación*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1950.

²⁰ Así, en el proemio de PEDRO CIEZA DE LEÓN a su *Crónica del Perú* (ed. Carmelo Sanz de Santa María, CSIC, Madrid, 1984), se esboza ya la inmediata función utilitaria que el cronista asigna a sus escritos, de cara, sobre todo, a los intereses materiales de la Corona. La de Santa María es, con mucho, la mejor edición que poseemos de este importante texto.

²¹ Esa relación de 1527 —en contraste con los textos posteriores de 1536, 1537, 1542 y 1555— debió hacer referencia a hechos muy limitados, ya que aún no se había iniciado la exploración de la Florida. Ese texto no se conoce.

El gobernador —nos dice Núñez— siguió su parescer y que los otros le aconsejauan; yo, vista su determinación, *requerile de parte de Vuestra Majestad* que no dexasse los nauíos sin que quedassen en puerto seguros, *y así lo pedí por testimonio al escriuano que allí teníamos*. Él respondió que pues él se conformaba con el parescer de los demás de los otros oficiales y comissario, que yo no era parte para hazerle estos requerimientos, y pidió al escribano le diesse por testimonio como por no auer en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los nauíos, leuantaua el pueblo que allí auía assentado e yua con él en busca del puerto y de tierra que fuesse mejor (cap. 4)²².

Al evaluar la peculiar envergadura constitutiva de los *Naufra-gios*, es imprescindible que comprendamos, ante todo, las razones concretas que motivaron la gestación de esos escritos, así como las directrices institucionales que regían su preparación. Son precisiones de esa índole las que nos permitirán reconocer el formato básico que sirvió como punto de partida a las relaciones de Indias en los siglos XVI y XVII²³. Las distinciones que propongo a continuación son aún más pertinentes cuando advertimos que los documentos informativos, preparados por funcionarios, conquistadores y clérigos, al pasar los años se convertirían en un estrato fundamental del discurso histórico y cultural que produjo el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo. Hay que tener en cuenta, desde el principio, que el estrecho formato de la *relación* inevitablemente sufrirá alteraciones considerables ante las novedosas exigencias colectivas y personales que se afrontaron en las Indias. Puede inferirse que las fórmulas y giros canonizados por la retórica forense sirvieron para otorgar un barniz de autoridad y verosimilitud al contenido, a veces descomunal, que exhibían aquellos documentos²⁴. Pero, como era de esperar, el registro de esos herméticos convencionalismos expositivos y los latiguillos

²² En las citas todas las cursivas son mías. Obsérvese que en la edición de Serrano y Sanz la puntuación y ortografía puede ser equívoca. Con todo, fue la primera transcripción rigurosa de la edición de 1555. Cito aquí por mi edición, cf. n. 5.

²³ Esas particularidades formales, emanadas en parte del *Código Rolandino*, las resume ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA en su libro *The narrative of America*, que en breve publicará Cambridge University Press.

²⁴ Las *Cartas de relación* de HERNÁN CORTÉS ejemplifican la relevancia que asume ese legado forense en la historiografía indiana. Cf. STEPHANIE MERRIM, "Auto-biography, history and Cortés' *Segunda Carta-Relación*", de próxima aparición en *Dispositio*.

propios de un discurso de leguleyos pronto se vio desbordado por proyectos narrativos que iban mucho más allá de la habitual constatación de los hechos²⁵. El registro descriptivo de los *Naufra-gios* confirma, en varios planos, ese proceso de desbordamiento que trasciende al inventario fáctico propio de las relaciones.

Análogamente puede decirse que la *relación*, como modalidad expositiva, se dilató de modo tan considerable que numerosos relatores cultos y de indiscutible relevancia histórica llegan a considerarla, por extensión, como equivalente de las narraciones históricas propiamente dichas. Para el Inca Garcilaso, Cieza de León y Bernal Díaz, “hacer relación” será, en muchos trances, tarea muy similar a la reconstrucción de un complejo proceso histórico. En otros órdenes, es igualmente cierto que la *relación* novomundista, al diversificar sus objetivos, superará el programa narrativo de la crónica medieval así como las codificaciones de la historiografía clásica, que tantas veces sería modelo para múltiples narraciones sobre las Indias elaboradas por cronistas y funcionarios²⁶. Pero veremos que no es ése el caso de los *Naufra-gios*. No hay pruebas corroborables de que Núñez estuviese familiarizado con las formas de realización histórica que instituyó la tradición greco-romana. Por el contrario, lo que le distingue no es la presencia de conceptualizaciones historiográficas, sino más bien un crudo exceso de literalidad y el afán por ensayar formulaciones testimoniales que se aproximan notablemente al diario; es decir, una redacción que pretende circunscribirse a la vivencia inmediata, pero que muchas veces también será, irónicamente, la glosa desesperada del que no alcanza a decir lo que ha conocido. En páginas subsiguientes comentaré esas y otras dimensiones ambiguas del texto, pero de momento conviene que lo examinemos a partir de su sorpresiva iniciación.

²⁵ Los *Naufra-gios*, la *Historia verdadera*..., Bernal Díaz del Castillo y las relaciones sobre las acciones de Aguirre en Sudamérica son ejemplos vívidos de ese proceso de amplificación narrativa. Estos últimos y curiosos textos son asequibles en *Lope de Aguirre: crónicas 1559-1561*, eds. Elena Mampel González y Neus Escandell Tur, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1981.

²⁶ Sobre el vasto legado de la historiografía clásica, cf. A. GERBI, *op. cit.*, pp. 170-231; 265-306; JOHN H. ELLIOTT, *El Viejo y el Nuevo Mundo: 1492-1650*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, pp. 9-41; y mi *Vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Gredos, Madrid, 1982, pp. 15-95.

SOBRE EL PROEMIO

Si bien es ése el cariz general del enunciado en los *Naufragios*, no podría decirse lo mismo de su proemio. El más leve cotejo delata la sutileza argumentativa de ese texto liminar de ofrecimiento al monarca. Más aún: en su configuración sintáctica y conceptual el proemio se ofrece como antítesis formal de casi todo lo que Núñez nos relata en los 38 capítulos de su *Relación*. Pienso que es oportuno retomar, con toda brevedad, las páginas leves de ese proemio porque en ellas se confirman refinamientos expositivos que no serían los habituales en escritos debidos a figuras de baja extracción castrense. Los que Cabeza de Vaca maneja en ese texto no son los códigos ideados para asentar hechos, sino más bien los que solían aprovecharse para hacer glosa sutil del que escribe y de su obra²⁷. Se trata, por cierto, de un texto que ilumina, indirectamente, el casi secreto trasunto cultural de Alvar Núñez. Refiriéndose precisamente al proemio de los *Naufragios*, el hispanista norteamericano Robert E. Lewis ha llegado a conclusiones de interés que quisiera esbozar ahora. Señala Lewis que el proemio escrito por Cabeza de Vaca difiere, en varios órdenes, de los que entonces se escribían como marco inicial de narraciones históricas. Destaca el mismo autor la ausencia de tópicos habituales, como serían: los rigores que impone la tarea historiográfica, la falsa modestia o la descripción de fuentes manejadas por el escritor. Es cierto que algunos de esos tópicos se atenúan en los *Naufragios*²⁸. Pero aunque así sea, desde otro ángulo de lectura advertiremos que tópicos de reconocida envergadura retórica se deslizan entre las mortificadas alusiones que Núñez hace

²⁷ Ejemplos idóneos de esa postura expositiva aparecen en los proemios que el INCA GARCILASO redactó para su traducción de los *Diálogos de amor* (1590) de LEÓN HEBREO y para su *Florida* (1605) y *Comentarios reales* (1609, 1617). Con menos recursos argumentativos, y mayor ansiedad, otro tanto hace BERNAL DÍAZ al confesar en su proemio: “Tengo que acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aún no se han acabado[...] pido[...] que no se quiten ni añadan más letras” (ed. Carmelo Sanz de Santa María, CSIC, Madrid, 1982). Ésta, como la de Cieza, es la única edición crítica de ese valioso texto.

²⁸ No olvidemos que Núñez no podía remitirse a versiones anteriores sobre aquellos hechos y regiones, como sí podían hacerlo Bernal Díaz, el Inca Garcilaso y el padre Acosta al escribir sus respectivas obras. Esa ausencia de precedentes otorgó una libertad expositiva que debió facilitar la obvia soltura que algunas veces alcanza su redacción. Los últimos seis capítulos confirmaban esta observación.

sobre su pasado y sus infortunios. Creo que lo que detectaremos en ese texto introductorio es una elección, acaso más restringida y tenue, de codificaciones retóricas propias de este subgénero²⁹.

En su fase inicial se insinúa la *laudatio* al monarca como merecedor de la obediencia de todos y su caracterización, retóricamente institucionalizada, como estandarte de la justicia y de la fe. En todo sentido, esa formulación sigue muy de cerca las normas expositivas que se observan en proemios debidos a figuras ilustradas de la época³⁰; y de raigambre no menos tópica es la implícita alusión a la *fortuna*, a la que —como base de tantos equívocos— se atribuyen bienaventuranzas y fracasos. Al mismo tiempo, todo lo que seguidamente se relata en su proemio para justificar las vicisitudes que algunos padecen, le sirve al autor para expresar —veladamente— otra modalidad, sólo que más sutil, de su afectada modestia:

sin culpa de nadie, mas por sola voluntad y juyzio de Dios, donde nasce que vno salga con más señalados seruicios que pensó, y a otro le suceda tan al reués, que no pueda mostrar de su propósito más testigo que a su diligencia; y aun ésta queda a las vezes tan encubierta que no puede uoluer por sí.

Manejando una cuidadosa conceptualización de sesgo paraléptico, se nos hace evidente que entre sus diligencias figuró la escritura de su propia *Relación*, y no solamente la hazaña exploratoria como tal. Excepto que en su caso, hasta la labor narrativa —que Núñez quiso perfeccionar hasta el fin de sus días— ha quedado “encubierta” por no haber logrado plenamente su objetivo como escritor. Pero queda claro, a la vez, que esa afirmación suya ya había sido contradicha por la existencia y efectividad de redacciones anteriores de un texto impreso y por la inminencia de una segunda edición —con licencia real— de sus escritos. Obsérvese también que esa afectada y disminuida visión de su labor escritural aparece vinculada, en el revés de ese pasaje, a los tópicos antes mencionados de la *fortuna*, *mediocritas mea* y *excusatio propter*

²⁹ Las codificaciones propias de los prólogos las ha estudiado detalladamente ALBERTO PORQUERAS MAYO en sus obras *El prólogo como género literario*, CSIC, Madrid, 1957; *El prólogo en el renacimiento español*, CSIC, Madrid, 1965.

³⁰ Véanse, por ejemplo, los prólogos de PEDRO MEXÍA a la *Silva de varia lección* (1540) y a su *Historia imperial y cesárea* (1547), así como el de FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA a su *Historia general de las Indias* (1552), entre otros.

*infirmiorem*³¹. Si se explora con algún detenimiento la articulación retórica indirecta de otros formulismos, cuyos antecedentes hemos conocido en la tradición clásica, así como en tratados y glosas medievales, veremos que Núñez, al concluir su proemio, nos avisa que en su *Relación* se leerán “cosas muy nuevas y para algunos difíciles de creer”. Esa declaración, aparte de ser cierta, retoma, desde su configuración reiterada, dos vertientes retóricas que nos dirigen simultáneamente a la épica e historiografía clásica, así como a la patrística. Es fácilmente comprobable que la aseveración de Núñez tiene antecedentes bien conocidos en Herodoto, Séneca, Dante y Chrétien de Troyes, entre otros textos seminales, según veremos en las páginas que siguen.

Advertiremos, por igual, que las matizaciones que hace el relator en los *Naufragios* equivalen a las conocidas proposiciones retóricas que emite aquel que nos “trae noticias sin precedentes”; y a ello suele añadirse que es su deber “compartir conocimientos valiosos y recién adquiridos”. Con ese mismo sentido nos avisa el *Libro de Alexandre* en su comienzo que “Debe de lo que sabe omne largo ser”³². Vinculándose a esa tradición expositiva, Núñez caracteriza su *Relación* como una obligación que debe al monarca, y simultáneamente nos comunicará que lo que en ella se relata “es auiso a mi parescer no liviano para los que en su nombre [del Rey] fueren a conquistar aquellas tierras”. Con anterioridad a esa tradicional formulación didáctica, nos confesará la excepcionalidad de noticias que ahora ofrece porque “no me quedó lugar para hazer más seruicio deste que es traer a Vuestra magestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduue perdido y en cueros, pudiese saber y ver”³³. No menos clara es la tácita alusión —formalizada retóricamente— que Núñez hace a su memoria como espacio en el que se iba recopilando todo lo ocurrido:

y de todas las otras particularidades que pude alcançar y conocer, que de ello en alguna manera Vuestra magestad será seruido, por-

³¹ La utilización y variantes de esos tópicos se han elucidado minuciosamente en la obra de ERNEST CURTIUS, *European literature and the Latin Middle Ages*, trad. W. R. Trask, Princeton University Press, Princeton, 1973, pp. 84, 149, 411 y 460.

³² Para el linaje de tópicos como “noticias excepcionales o insólitas”; “la necesidad de compartir lo aprendido”, cf. *ibid.*, pp. 86, 88 y 477.

³³ Otras variantes de esa fórmula, de raíz devocional, aparecen en *ibid.*, p. 546.

que aunque la esperança que de salir de entre ellos [los indios] tuue, siempre fue muy poca, el cuydado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo.

Las referencias literales y metafóricas a la memoria, como facultad en la que se inscriben datos y toda genuina sabiduría, son numerosísimas en la antigüedad clásica y también en la cultura del humanismo renacentista.

La memoria es, en efecto, la *tabula rasa* de Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino y “página en la que todo puede escribirse”, según ya lo había señalado Aristóteles³⁴. Lo irónico es, como bien lo ha destacado R. Lewis, que la memoria también será responsable, con el paso de los años, de la ambigüedad temporal e informativa³⁵; sólo que esa ambigüedad dará al texto una latitud semántica que parcialmente compensa las supuestas pérdidas de su facticidad. Por último, comprobaremos que en el proemio de sus *Naufragios* Núñez hace exégesis de su persona en términos muy próximos a las expresiones devocionales de humildad³⁶; ma-

³⁴ *Ibid.*, pp. 304, 307, 326. La vigencia literaria y teológica de la memoria, como tópico de amplia significación, se documenta, por ejemplo, en el tratado que publicó en Perusa el mexicano FRAY DIEGO VALADÉS (1533-?), de la orden de los Observantes de San Francisco, titulado *Rhetórica cristiana* (1579). Se trata de un libro que instruye a futuros predicadores en el Nuevo Mundo, pero que incide, con cierta minuciosidad, en el arte de la memoria o *ars memorativa*. Cf. ESTEBAN PALOMERA, S. J., *Fray Diego Valadés O.F.M. Evangelizador humanista de la Nueva España*, 2 ts., Porrúa, México, 1962. Sabido es, por otra parte, que tanto Alberto Magno como Santo Tomás de Aquino habían tratado en detalle el tema de la memoria, que en un principio suscitó Simónides y que también fue exaltado por Cicerón tanto en su *De Oratore* (II, LXXXVI) como en su *Herennium*, IV. El tratado de Valadés, como los de Gulielmus Leporeus, *Ars memorativa* (1520), y muchos otros, ofrecían explicaciones gráficas y conceptuales de la localización y alcance de la memoria; conceptualizaciones que son, por cierto, de obvia raíz aristotélica. Para otras consideraciones, véase FRANCIS A. YATES, *El arte de la memoria*, Taurus, Madrid, 1974; y el tratado de RENÉ TAYLOR, *El arte de la memoria en el Nuevo Mundo*, Edit. Swan, San Lorenzo del Escorial, Madrid, 1987. La importancia de la memoria en la tradición retórica también la comenta DOROTHY SEVERIN en *Memory in “La Celestina”*, Tamesis, London, 1970.

³⁵ Obsérvese que la utilización retórica de esos tópicos, así como el de “la autoexégesis”, son, a la postre, resortes ideados para establecer un ascendente nivel de autoridad narrativa; nivel que debe verse en los *Naufragios* como complementario de la creciente proyección autobiográfica que exhibe el texto; cf. ROBERT LEWIS, “Los *Naufragios* de Alvar Núñez: historia, ficción”, *RevIb*, 120/121 (1982), 681-694.

³⁶ *Ibid.*, pp. 621 y 632.

tizaciones ésas que por otra parte rimaban con su secreto propósito de regresar, como gobernador, a Norteamérica para enmendar el fracaso de Narváez y llevar a cabo la deseada conversión de los indios³⁷. Sin necesidad de precisiones adicionales, el texto que he glosado sugiere la discreta proximidad de Núñez a una tradición culta; hecho éste que sus comentaristas han sospechado y que en alguna medida confirman las codificaciones que he identificado en su proemio y que más adelante señalaré —desde otros ángulos— en varios pasajes de los *Naufragios*.

En más de un sentido, las notaciones expuestas hasta aquí nos revelan una confluencia de resortes expositivos que, por sí solos, nos aclaran la fisonomía diversa y a veces contrapuesta de la escritura en los *Naufragios*. En la medida que sus propósitos lo requerían, el texto asimiló las aportaciones de un legado forense, religioso y humanístico que se había codificado en el espacio intelectual mediterráneo, sobre todo a partir del siglo xvi. Así, los *Naufragios*, al igual que otras narraciones de tema americano, aparecen como una entidad discursiva pluralizada que resiste todo intento de clasificación simplista. La manifiesta urdimbre híbrida del texto contribuía, sin sospecharlo, a la consagración de una tipología novedosa del discurso histórico; tipología señalizada, desde entonces, por el uso particularizado de fórmulas y tópicos, y también por una flexibilidad expositiva que tiene su razón de ser en la interdependencia de sus variadísimos componentes, así como en la frecuente dinámica autobiográfica de los textos.

LA DIRECTRIZ AUTOBIOGRÁFICA

Sabemos que la tentación y la necesidad de hacer historia desde la vivencia personalizada son rasgo distintivo de buena parte de la historiografía indiana. Es comprensible que, ante la excepcionalidad de lo que se relataba, muchos de aquellos cronistas improvisados buscaran el apoyo que podía brindarles la confirmación testimonial que genera la primera persona. Esa opción también se hizo factible debido a la ausencia de reglamentación historiográfica, así como de textos autorizados en los que ya se hubiesen descrito aquellas regiones y sus habitantes³⁸. Pero no

³⁷ Sobre ese proyecto de Núñez véase mi “Pesquisas para una nueva lectura de los *Naufragios*”, *RevIb*, 140 (1987), 516-538.

³⁸ Existieron cédulas, traslados y diversas reglamentaciones que guiaron

basta con aludir a esos factores coyunturales. Ocurre además, que muchos optaron por la redacción personalizada para reivindicar, desde esa postura, prerrogativas individuales, para manifestar repulsas o sustentar frecuentes querellas de todo tipo³⁹. Es, en parte por esas razones que los textos de Hernán Cortés, Bernal Díaz y el Inca Garcilaso, entre otros, exhiben formas tan eficaces, y a la vez evasivas, de argumentación; son, casi siempre, recursos de composición que nos sorprenden, tanto por su variedad como por las sutilezas conceptuales que alcanzan⁴⁰. Con las salvedades del caso, otro tanto podría decirse de los *Naufraios*.

Pero antes de identificar las posturas que el relator asume ante el texto —y que deben verse como parte integral del mismo—, se hacen necesarias algunas precisiones que la mayoría de los comentaristas han desestimado, acaso porque desconocen, en sus pormenores, la secuencia de redacciones que a la postre se funden en los *Naufraios*. En páginas anteriores he indicado que Cabeza de Vaca comenzó a preparar probanzas y relaciones, porque informar, por escrito, era inherente a los deberes que estipulaban sus cargos. De simple índole informativa debió ser la primera relación que Núñez enviaba a la Corona desde Cuba. Refiriéndose a ese documento y a los contratiempos que la expedición de Narváez sufrió en esa isla, dirá: “yo hize una prouança dello, cuyo testimonio enbíé a Vuestra Magestad”⁴¹. Ese texto —hoy desaparecido— sería, con toda seguridad, una escueta exposición legal, como solían serlo las probanzas y testimonios que entonces

la labor descriptiva y transmisora de cronistas oficiales. Sin embargo, la programación institucionalizada de los proyectos historiográficos de la Corona se llevó a cabo tardíamente y sin mejores resultados; sobre todo a partir de 1569, con las visitas de Juan de Ovando al Consejo de Indias. Véase MARCOS JIMÉNEZ DE ESPADA, “El código ovandino”, *Revista Contemporánea*, 81 (1891), 228-299.

³⁹ De esa índole serían, por ejemplo, las relaciones y probanzas que versan sobre las medidas tomadas por Alonso Dávila en Yucatán, o las que describen las acciones del piloto Andrés Nino en el Mar del Sur, entre muchas otras; cf. *Colección de documentos* (Torres Mendoza), pp. 5, 128 ss.

⁴⁰ Véase JOHN H. ELLIOTT, “The mental world of Hernán Cortés”, *Transactions of the Royal Society*, 17 (1967), 41-58; y mi *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso*, J. Porrúa Turanzas, Madrid, pp. 6-27.

⁴¹ En su acepción más generalizada, probanzas eran testimonios que aducían las pruebas requeridas por tribunales para procesar querellas. Sin embargo en otros contextos asumían más bien el carácter de informes. Las diferencias —en cuanto a mecanismos expositivos— se observan en los documentos recopilados por TORRES MENDOZA, *Documentos inéditos...*, pp. 540, 553.

requerían tribunales y consejos. Similar en tono debió ser también la que Cabeza de Vaca entregaría al virrey don Antonio de Mendoza cuando el andaluz y sus tres acompañantes llegaron semidesnudos a Nueva España en el verano de 1536. De ella reproduzco el fragmento que sigue:

Partió Pánfilo de Narváez de Sanlúcar a siete días del mes de Junio de mil quinientos veinte y siete años. La conquista que llevaba era desde el Río de las Palmas hasta la punta de la Florida que está en tierra firme, con cinco naos y setecientos hombres. . . Llegaron a Santo Domingo, donde estuvieron quarenta días: de allí fueron a Santiago de Cuba, que es puerto, a donde pasaron una muy grande tormenta, que llaman uracán en aquellas partes, y perdieron mucha gente y mantenimiento; llevó de aquí el Gobernador para la conquista cuatrocientos hombres y ochenta caballos; de aquí fueron y toparon en los bajos que llaman Canarco, donde estuvieron veinte y cinco días tocando con las quillas, y de allí fueron a Guaniguanico, donde les tomó una tormenta que estubieron para perderse, en Cabo de Corrientes otra, y de allí, yendo a la Habana, queriendo entrar, les tomó un tiempo de Sur que les desvió della y echó a la Florida⁴².

Aparte de las discrepancias informativas que obviamente existen entre este texto y las ediciones de 1542 y 1555⁴³, percibimos, en esta relación, la tercera persona relatora de un escribano que, partiendo de fechas y ubicaciones, constata lo ocurrido. En 1537, desde La Habana, Alvar Núñez, Alonso del Castillo y Andrés Dorantes enviarían otra relación a la Audiencia de Santo Domingo⁴⁴. Es esa narración la que, algún tiempo después, el cronista Fernández de Oviedo reprodujo y glosó en su *Historia general y natural de las Indias*⁴⁵. Sólo que el cronista aprovechará el texto a su

⁴² *Ibid.*, pp. 265-266. TRINIDAD BARRERA LÓPEZ, en un estudio muy reciente, destaca las diferencias entre el manuscrito que posee el Archivo de Indias y el texto que acabo de citar. Cf. "Problemas textuales de los *Naufraos* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca", *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, Sevilla, 2 (1986), 21-30.

⁴³ En mi edición de los *Naufraos* (cf. n. 5), que publicará Castalia, se compulsan todas las variantes de textos redactados e impresos en el siglo XVI.

⁴⁴ Así tenían que hacerlo porque la Florida, y sus regiones adyacentes, competían a la Audiencia de Santo Domingo.

⁴⁵ Ed. Juan Pérez de Tudela, BAE, Madrid, 1959, t. 4, pp. 297-318. Los primeros 16 libros de la *Historia* se publicaron en Sevilla en 1535. La obra completa apareció en 1855 con la edición de José Amador de los Ríos. Al citar esta obra la paginación se indicará en el texto.

capricho, tal y como lo había hecho con otras relaciones que manejó⁴⁶. En lo posible, Fernández de Oviedo se apoderará de la relación para casi darnos la impresión de que lo que en ella se relata es principalmente suyo. “Tornemos —nos dice después de una de sus frecuentes digresiones— a la historia, que no habemos llegado al cabo, aunque de la gente de Narváez ya no nos quedan sino tan pocos hombres” (p. 299).

Además de éstos, otros comentarios de Oviedo hacen aún más evidente las prerrogativas de relator privilegiado que él se otorga al invitar las reflexiones de sus lectores:

Hacedme agora saber —nos dice en esa misma página— los que habéis leído, si oísteis ni supiste de otra gente tan desdichada ni tan trabajada ni tan mal aconsejada. Buscad esa peregrinación de Ulixes, o esa navegación de Jasón o los trabajos de Hércules, que todo eso es ficciones e metáforas, que entendidas como se deben entender, ni hallaréis de qué os maravillar, ni son comparación igual con los trabajos de estos pecadores que tan infelice camino e fin hicieron. . . ¡Oh maldito oro! Bien creo yo que si al precio que estos [sobrevivientes] hobieron aquella manta (que ha dicho la historia que se le quedó a Narváez a vuelta de aquella pedrada). . . pero esas [las capas y pieles de príncipes] cómpranse con dineros, y esto otras con sangre (p. 299).

Ésta, entre otras glosas de Oviedo, me parece significativa de cara a la lectura que propongo. Se verá que la alusión a lo relatado por los tres peninsulares sobre la aventura trasnochada de Narváez aparece inserta en sus comentarios, tal y como si la relación de los tres españoles no fuese más que un punto de apoyo lateral para sus conclusiones y extensas glosas. Ese proceso de asimilación de textos es de considerable interés como ejemplo de la gestación de un nuevo discurso histórico; discurso que Oviedo exalta, a la par de otros cronistas (López de Gómara y el Inca Garcilaso), como una tipología mucho más veraz y genuina —a la vez que espectacular— que las que nos legaron los historiadores greco-romanos.

Aunque en algunas ocasiones Oviedo designa a Cabeza de Vaca como autor principal de la relación que él comenta, debe destacarse que el cronista asigna a Dorantes y a Castillo acciones que luego, en sus *Naufraios*, Núñez reclamará como suyas. De cualquier modo, en la relación que conoció Oviedo, el texto de los

⁴⁶ Cf. D. RAMOS, *op. cit.*, pp. 255-264.

sobrevivientes se percibe como entidad pasiva sobre la que él construye su dilatada glosa. Desde la perspectiva que impone el comentario textual, los tres españoles parecen ser protagonistas —casi en igualdad de condiciones— de aquellos hechos. A la vez, confirmaremos que sus aventuras se hacen algo más distantes debido a las mordaces anotaciones de Fernández de Oviedo, sobre todo al evocar la persona de Narváez:

Paréceos, lector —dice el cronista— que es buen pasatiempo el que estos pecadores cristianos traían . . . Querría yo que me dijese qué les predicaron esos frailes e Pánfilo de Narváez a aquellos españoles que tan ciegos se fueron, dejando sus patrias tras falsas palabras (p. 290).

A los efectos de la lectura que he iniciado en estas páginas, esa subordinación del texto que Núñez y sus compañeros redactaron al discurso oficial que Oviedo produce, no nos permite un conocimiento satisfactorio de la relación que había llegado a la Audiencia. Se interponen entre ese texto y nosotros las frecuentes y casi obsesivas intervenciones de Oviedo; y para colmo, el cotejo de esa relación con los *Naufragios* nos induce a pensar que el cronista mutiló aspectos de la narración que no se ajustaban a su plan narrativo⁴⁷. Es precisamente por ello que todo juicio sobre las características específicas de esa tercera relación ha de ser provisional y cauteloso. Lo que sí podemos asumir es que el texto recibido por Oviedo debió ser algo más explícito, y quizá más extenso que los anteriores. Esa conclusión me parece aceptable porque el texto enviado a la Audiencia era, en aquel trance, el informe oficial y definitivo que, además, recogía el parecer de tres individuos⁴⁸. No hay razones para pensar que la relación que anteriormente se entregó a Mendoza fuese tan detallada. En última instancia, lo que el resumen contenido en la *Historia* de Fernández de Oviedo nos ofrece es la posibilidad de una lectura intersticial, en la que a menudo se complementan y cancelan dos redacciones logradas con propósitos y hechuras muy dispares.

En consecuencia, lo que más nos sorprenderá al cotejar los textos que he comentado hasta aquí con los *Naufragios* es la preponderancia de un *yo* relator que varía en sus proyecciones y timbre, pero que en los *Naufragios* emana, casi exclusivamente, de la *per-*

⁴⁷ *Ibid.*, p. 187, n. 207.

⁴⁸ No hay indicios de que la relación entregada a Mendoza fuese producto de los tres españoles. Véase *Documentos inéditos*, p. 265.

sona histórica y narrativa de Cabeza de Vaca. También habría que decir que el *yo* que se manifiesta en los seis primeros capítulos de la narración cumple una función testimonial y a la vez contenciosa que difiere notablemente del *yo* contemplativo que reconocemos en las porciones intermedias de los *Naufragios* (por ejemplo, caps. 7-16); aun más señalada es la voz narrativa de sesgo piadoso y sermónico que predomina en los ocho últimos capítulos. A este registro de precisiones hay que añadir otro dato crucial —antes no señalado— y que brevemente pone en entredicho la preeminencia de Núñez como narrador central de sus *Naufragios*; dato éste que suscita otras interrogantes no menos significativas. Me refiero a que en el penúltimo capítulo, al relatarse el encuentro con piratas franceses y la llegada de Núñez a Lisboa, inexplicablemente aparece un narrador anónimo, en tercera persona, que parece hacer las veces de un escribano o amanuense, y que pudo haber cumplido la función asignada a Pero Hernández en los *Comentarios*. Es éste el trozo en cuestión, cuyo final he subrayado:

Y passados los quinze días nos partimos de allí con el armada y llegamos al puerto de Lisbona a nueue de Agosto, bíspera del señor Sant Laurencio, año de mil y quinientos y treynta y siete años. Y porque es assí la verdad como arriba en esta relación digo, lo firmé de mi nombre: Cabeza de Vaca. *Estaba firmado de su nombre y con el escudo de sus armas la relación donde éste se sacó.*

El dato que pongo en evidencia es curioso y nos hace pensar que quizá Núñez quiso concluir su *Relación* con ese párrafo; también la cita podría indicar que la primera edición se tomó de otro texto primario, al que se alude como “donde éste se sacó”. La deducción no nos parecerá insensata si tenemos presente que el último capítulo, con sus sorprendentes referencias a las profecías que hizo la pintoresca Mora de Hornachos, bien parece una añadidura⁴⁹. Lo estimo así, no sólo porque esas referencias contrastan, en todos los órdenes, con el contenido de los capítulos anteriores, sino, además, porque la alusión a la nigromántica de

⁴⁹ La presencia enigmática de nigrománticas es recurso que detectaremos no sólo en la tradición celestinesca, sino que aparece por igual en *El laberinto* de Juan de Mena, y se personifica en la Camacha de Cervantes. Cf. MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL, *La originalidad artística de la Celestina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1968, pp. 242-250; y JOSÉ ANTONIO MARAVALL, *El mundo social de la Celestina*, Gredos, Madrid, 1964, pp. 129 ss.

Hornachos no aparece en la redacción anterior que manejó Fernández de Oviedo. El cronista no hubiese perdido la oportunidad de criticar a Núñez por ese aparente desmán, al que aludiré una vez más en otras secciones de este estudio. Aparte de esas consideraciones, cabe preguntarse si esa tercera persona fue, en efecto, un escribano. De ser así, creo que nunca sabremos cuál fue el grado exacto de participación que esa voz anónima pudo tener en la preparación del texto. Creo que los datos que acabo de subrayar esbozan la configuración indeterminada y problemática de los *Naufragios*, sobre todo si examinamos la narración en sus diversos estadios de redacción; lo cual, por otra parte, me parece inevitable si se quiere llegar a valoraciones globales que eluciden el proceso de elaboración que en alguna medida parece culminar en los *Naufragios*.

Con no poca astucia, la concentración expresiva en la primera persona se intensifica en los *Naufragios* a medida que la expedición se desintegra, hasta quedar patéticamente resumida en la persona debilitada de Alvar Núñez. En el texto que glosó Fernández de Oviedo se nos relatan las calamidades sufridas por Núñez en estos términos: “el tesorero Cabeza de Vaca estaba en la otra parte de la tierra, muy doliente en su esperanza de vivir” (p. 295); pero en la *Relación* de 1542 el protagonismo narrativo que Núñez asume excederá las prerrogativas de sus cargos y funciones administrativas. Esas referencias sucesivas a su persona contrastan severamente con la evidencia que nos ofrecen aquellos textos meramente noticiosos que Cabeza de Vaca y sus compañeros entregaron al virrey Mendoza y más tarde a la Audiencia de la Española. Ya en las primeras páginas de los *Naufragios* destaca esa ascendente centralidad de un narrador que es vehículo de una tradición expositiva y a la vez función motriz de lo que se relata. “Por esta razón *yo determiné* de yr a la villa, aunque primero que fuese dexé proueýdo y mandado a los pilotos” (cap. 1); y más adelante, al cerrarse ese mismo párrafo, añadirá: “Dióme [el gobernador] a mí, cargo de los navíos y de la gente para que me fuere con ellos a inuernar al puerto de Xagua”⁵⁰. Pero aunque la dimensión personalizada sorprende un tanto, sobre todo al cotejarla con las relaciones anteriores, lo cierto es que los primeros capítulos mantienen, en general, el tenor informativo que ya habíamos conocido en textos anteriores. La excepción más notable sería

⁵⁰ El puerto de Jagua, aquí mencionado, está hoy a la entrada de la bahía cubana de Cienfuegos.

la desavenencia que surge en el capítulo 4 —por razones estratégicas— entre Núñez y Narváez. Con todo, en el capítulo siguiente, al intensificarse los descalabros y penurias de la tropa, Núñez comenzará a distanciar sus acciones y juicios de los de Narváez. En la gradación que los hechos le permiten, la centralidad narrativa de Cabeza de Vaca se hará cada vez más sobresaliente. Ante los trastornos que sufren los españoles en el norte de la Florida, la tropa trata de obtener alguna información de los indios. Se nos dice allí:

estos nos lleuaron a sus casas, que estauan hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaua ya para cogerse, y dimos infinitas gracias a Nuestro Señor por auernos socorrido en tan grande necesidad [...] y a tercero día que allí llegamos nos juntamos el Contador y Veedor y Comisario *e yo*, y rogamos al Gouernador que embiasse a buscar la mar por ver si hallaríamos puerto, porque los indios dezían que la mar no estaua lejos de allí. Él nos respondió que no curásemos de hablar de aquello [...] Y como *yo era el que más le importunaua, díxome que me fuese yo a descubrirla* [...] y así, *yo me partí* con el capitán Alonso del Castillo (cap. 5).

Es esa disparidad de criterios, y otros resentimientos, lo que motivará sucesivas porfías entre Cabeza de Vaca y Narváez; y es, a su vez, el ardid que facilita, en el esquema narrativo, la preponderancia de Núñez como productor, cada vez más singularizado, del discurso. Él será, a partir de ese trance, sujeto principal de lo relatado y también generador de un enunciado que gradualmente se centrará en los avatares equívocos de su persona. Destaca en esos sectores, como bien lo observó Sylvia Molloy, “una dimensión claramente narrativa y más aún: conscientemente narrativa de la primera persona”⁵¹. Se trata de una proyección individualizada que suele trascender la organización informativa de lo que se relata. A medida que leemos, se observará que la narración se aleja cada vez más de su responsabilidad oficial, para adentrarse en la zozobra de un andar que remite tanto a los hitos geográficos como a la expresión de ansiedades y duros escarmientos que Núñez y sus compañeros experimentaban día tras día⁵².

⁵¹ S. MOLLOY, “La formulación...”, p. 762. La profesora MOLLOY ha redactado una versión más detallada del estudio antes citado, titulada “Alteridad y reconocimiento en los *Naufraios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca”, *NRFH*, 35 (1987), 425-449, ensayo éste repleto de observaciones muy agudas.

⁵² Al observar los hábitos de los corpulentos carancaguas, Núñez dirá: “y

Al expresarlo así, recordemos que casi todo lo que descubren Cabeza de Vaca y sus acompañantes constituye el reverso de lo que ellos anticipaban. La naturaleza les será en extremo hostil; además encontrarán a las comunidades indígenas en las que buscaron amparo asediadas por el hambre y por los rigores incesantes de una precaria vida nómada. Todo con lo que tropiezan parece negarles inclusive el breve consuelo de analogías con lo conocido o con lo que deseaban encontrar. Es ese entorno opresor y desprovisto de alicientes lo que reduce el radio de acción de Núñez, pero es también lo que, irónicamente, le sirve para destacar su individualidad de relator. Recordaremos que ya en los días en que todos están a punto de naufragar se produce una breve conversación entre Cabeza de Vaca y el gobernador Narváez: intercambio que el primero ha reproducido con la efectividad de un pasaje novelesco. Es el momento difícil en que Núñez presencia el desmembramiento total de la empresa y del contingente que hasta allí les ha servido de apoyo:

Yo, como vi esto, pedíle [al gobernador] que para poderle seguir me diese un cabo de su varea, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar a tierra. Yo le dije que pues vía la poca posibilidad que en nosotros auía para poder seguirle y hazer lo que auía mandado, que me dicesse qué era lo que mandaua que yo hiziesse. Él me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiziesse lo mejor que paresciesse que era para saluar la vida (cap. 10).

Es en ese momento cuando quedan disueltos los vínculos institucionales y de rango. Es, además, cuando el *yo* asume buena parte del proceso narrativo para convertirse en núcleo referencial de singular importancia⁵³. Comprobaremos ahora cómo las descripciones que aluden a las actividades de los demás sobrevivientes y de la comunidad indígena suelen culminar en detalles que giran en torno a la persona de Núñez. Al relatar la lenta peregrina-

cierto, ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía cresciese más la pasión y consideración de nuestra desdicha" (cap. 12).

⁵³ Pienso que el aprovechamiento de incidentes señalados, como puntos de apoyo para la consolidación narrativa de la primera persona, debe verse como recursos deliberados y sagaces que fortalecen la autoridad del relator. SYLVIA MOLLOY ha notado, entre otras, la referencia sugestiva al "leme" o timón, como metáfora de la ascendente gestión narrativa de Núñez, cf. "La formulación...", p. 763.

nación hacia Nueva España, Cabeza de Vaca describe así los recibimientos que le hacían algunas tribus:

Dixímosles que nos llevasen hazia el Norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no auía gente, sino muy lejos e que no auía qué comer, ni se hallaua agua. Y con todo esto, nosotros porfiamos y diximos que por allí queríamos yr y ellos todauía se escusauan de la mejor manera que podían y por esto nos enojamos *e yo me salí una noche a dormir en el campo, apartado de ellos, mas luego fueron donde yo estaua y toda la noche estuuieron sin dormir y con mucho miedo hablándome [...]* (cap. 30)⁵⁴.

En otras ocasiones, al describir la aculturación de los españoles y la conducta inescrutable —para ellos— de algunas comunidades indígenas, las alusiones informativas desembocarán en la reacción emotiva de Núñez; sobre todo cuando éste enfrenta circunstancias que le parecen incomprensibles:

y después de muertos ningún sentimiento hizieron ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hazer otra ninguna muestra, ni osauan llegar a ellos hasta que nosotros los mandáuamos llevar a enterrar[...] antes porque una lloró la lleuaron muy lexos de allí y con unos dientes de ratón agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. *E yo, viendo esta crueldad y enojado de ello les pregunté que por qué lo hazían* (cap. 31).

De igual modo, al relatar incidentes que les servían para propagar la fe cristiana, Cabeza de Vaca asume, aun con mayor efectividad, la dirección de esa nueva empresa al referirse una y otra vez a la entereza de sus creencias. Al aludir a la figura diabólica de Mala Cosa y a otras creencias estimadas por los indios, Cabeza de Vaca confesará, hacia la conclusión del capítulo 20:

No tenía, quando en estos trabajos me vía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, e considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padesció.

En general, al repasar el largo ciclo de penurias que conocieron los españoles, observaremos que son las reacciones de Núñez

⁵⁴ En ese sector de la ruta los sobrevivientes debían estar en compañía de indios jumanos o pimas altos.

las que nos dan la medida más precisa de la severidad de aquellas circunstancias: “Fue tan extremada la hambre que allí se passó que muchas veces estuue tres días sin comer ninguna cosa” (cap. 15). Advertiremos, por igual, que el narrador, al concluir su relato, intercala un nivel de reflexión cuya ironía y escepticismo expande la latitud interior de lo que se nos comunica. Aludo, en este caso, a las disputas que Núñez tuvo con otros militares españoles de Nueva España, a quienes encontró cuando éstos andaban en la penosa tarea de esclavizar indios:

Después que ouimos embiado a los indios en paz y regraciándoles el trabajo que con nosotros auían passado, los christianos embiaron, debaxo de cautela, a vn Zebreros, alcalde, y con él otros dos. Los quales nos lleuaron por los montes e despoblados por apartarnos de la conuersación de los indios y porque no viéssemos ni entendiésemos lo que de hecho hizieron, *donde parece quanto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros endávamos a les buscar libertad y quando pensáuamos que la teníamos sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de yr a dar en los indios que embiáuamos assegurados y de paz* (cap. 34).

En toda pesquisa centrada en la dimensión autobiográfica de los *Naufragios*, son de especial interés esos pasajes en los que Núñez tiende a controlar la responsabilidad del proceso narrativo. Los que cito a continuación son renglones que nos muestran su propia conciencia didáctica de la actividad narrativa así como de los procesos de selectividad que ella requiere:

Esto he querido contar porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y exercicios de los otros, los que algunas vezes se vinieran a ver con ellos estén auisados de sus costumbres y ardidés que suelen no poco aprovechar en semejantes casos (cap. 35).

La lectura de esos fragmentos en los que destaca —en modalidades disímiles— la *persona* del narrador constituye, al valorarlos en conjunto, una suerte de exégesis graduada de la individualidad del relator a manera de *causa finalis*; es una dramatización velada que distingue al relator como ente personalizado y a la vez como donante de un legado cultural que subyace en la escritura que él configura. El proceso retórico que señalo nos remite a complejas y antiquísimas fórmulas que tienen sus antecedentes más concretos en la retórica epistolar. Esa elucidación de la persona

generadora del enunciado es todavía más justificable cuando captamos la relevancia evangelizadora que Núñez se otorga en los últimos capítulos de sus *Naufraios*. La expresión individualizada a que me he referido es especialmente visible en pasajes en los que Cabeza de Vaca se insinúa como receptor de la misericordia divina y a su vez como víctima de los más crueles sacrificios: “En todo este tiempo no comí bocado, ni hallé cosa que pudiesse comer; y como traía los pies descalços corrióme dellos mucha sangre” (cap. 21).

Pero por arduas que fuesen sus desventuras, nos dirá, *a posteriori*, “de mí se decir que siempre tuue esperança en su misericordia [la de Dios] que me hauía de sacar de aquella captiuidad; y así yo lo hablé siempre a mis compañeros” (cap. 22)⁵⁵. Siguiendo normas características de la narración autobiográfica del Medievo —sobre todo en la tercera parte de los *Naufraios*—, la proyección individualizada del discurso se supedita al esquema providencial que las relaciones indianas heredaron de la historiografía medieval. Esa subordinación del relato a categorías canonizadas del discurso es eficaz por cuanto en ella se borra parcialmente la circularidad conflictiva que es inherente al discurso autobiográfico⁵⁶.

Para evaluar en todas sus posibilidades los recursos narrativos empleados en los *Naufraios*, siempre habrá que tener presente que el texto es producto de evocaciones, a veces muy posteriores a los hechos. Obviamente, y en intervalos disímiles, el tiempo de la narración difiere del de la secuencia histórica narrada. Sin embargo, en numerosas instancias el texto incorpora un ritmo positivo que se aproxima discretamente a los efectos de lectura de un diario; es decir, a una suerte de escrito en el que se recopilan y se repiten datos adquiridos casi al mismo tiempo que se redacta. Identificamos de ese modo un tipo de redacción que parece anular los lapsos que podrían existir entre la temporalidad de los acontecimientos y la escritura que intenta recogerlos. A mi parecer esa aproximación a una ilusión de simultaneidad es uno de

⁵⁵ Esa reiterada dimensión piadosa de su conducta, hacia el final de su relato, la comento en mi estudio “Pesquisas...”, n. 37.

⁵⁶ Véase WILLIAM HOWARTH, “Some principles of autobiography”, *New Literary History*, 5 (1974), p. 365; y JAMES OLNEY, *Metaphors of the self: the meaning of autobiography*, Princeton University Press, Princeton, 1974, pp. 34-45. Las formas primarias del discurso autobiográfico las repasa ROY PASCAL en su conocida obra *Design and truth in autobiography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

los éxitos narrativos más señalados en los *Naufragios*⁵⁷.

De su vagar desesperado Núñez nos dice: “y la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones y boluí a buscarlos y anduue desta manera cinco días siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matasse en parte no tuuiesse leña” (cap. 21); y dentro de una secuencia narrativa muy similar, el relator reconstruye así impresiones de otros sucesos: “y ouo hombres este día que juraron que amán visto dos robles, cada uno dellos tan grueso como la pierna por baxo, passados de parte a parte [por las flechas de indios apalaches]” (cap. 7). Esa presencia sobresaltada de los hechos reaparecerá de nuevo en esta observación: “Estando yo con los de aguenes, no estando auisados vinieron sus enemigos a media noche y dieron en ellos” (cap. 24).

Veremos que, aun bajo el impacto de innumerables calamidades, las referencias a una cronología expedicionaria se enuncian con evidente precisión en los sectores iniciales de la narración: “El día que aquí llegamos era sexto del mes de nouiembre” (cap. 10); pero con el paso de los días esas anotaciones se harán más ambiguas. Las fechas serán sustituidas —imitando a los indígenas con quienes conviven— por alusiones al ocaso, a las estaciones o al tiempo en que se cosechaban frutas y nueces. “Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban a madurar” (cap. 87); y cuando están más próximos al final de su ruta, el relato se va articulando sobre observaciones como esta: “A la puesta del sol, por vnos llanos y entre vnas sierras muy grandes que allí se hazen, allí hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino vnos poluos de paja” (cap. 31). Esa disolución cronológica de las descripciones da a ciertos trozos de la narración un creciente margen de ambigüedad que espontáneamente asociaríamos no tanto con el flujo de un diario como con los recursos de la fabulación propiamente dicha⁵⁸. Al mismo tiempo comprobaremos, en varios de los pasajes ya citados, que el enunciado retiene las cacofonías y tropiezos que habitualmente vincularíamos con los ritmos de la palabra hablada; además, puede verificarse, en múltiples sectores de la narración, un proceso de intermiten-

⁵⁷ Las implicaciones de esa postura narrativa se elucidan —en la ficción— en las obras de H. POTTER ABBOTT, *Diary fiction*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1984 y LORNA MARTENS, *The diary novel*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Ambas obras contienen una bibliografía selecta en la que se incluyen referencias a textos muy disímiles.

⁵⁸ Esa disolución fáctica, que permite otros efectos de lectura, la comento en *Historia ficción*, pp. 168-260.

cias expresivas que nos hacen evocar un tipo de redacción propia del que escribe para sí mismo. Estos párrafos, entre otros, nos revelan ese hilo suelto y algo endeble que tantas veces asomará en los *Naufragios*: “Y cerca del alba parecióme que oya el tumbo de la mar, porque como la costa era baxa sonaua mucho [...]” (cap. 10); “Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaban de la otra parte vinieron a nosotros y acometiéronnos de la misma arte [...]” (cap. 7).

Por último, esa proyección autobiográfica que hemos confirmado en los *Naufragios* incrementa, aun más, el carácter problematizado del texto. Como en todo discurso guiado —en parte— por un propósito autobiográfico, el pasado que se relata es cada vez más el pasado del narrador. Aun sin proponérselo, ese tipo de enunciado suele procurar la imposible confluencia retórica entre el yo histórico y el del relator. Pero sabemos que esa yuxtaposición ideal sólo es alcanzable en los resortes que permite la estrategia narrativa como tal; aludo a ese difícil ardid de redacción capaz de cancelar momentáneamente el espacio y las diferenciaciones que obviamente existen entre el acto de enunciación y la referencia específica a los hechos ocurridos. Pienso que es ese enlace, siempre fugaz, el que ostensiblemente podría hacernos ver el pasado del relator como equivalente de un acontecer colectivo. Se trata de una postura narrativa —consagrada muchas veces en páginas de Homero, Herodoto y Plinio— que nos hace ver la función del historiador como si ésta fuera afín a la del poeta épico o del juglar; el que identificamos aquí es el relator que escucha e interroga sobre un acontecer para luego hacer memoria histórica, y acaso imaginativa, de lo que ha conocido⁵⁹. En los *Naufragios* ese recurso lo configurarán pasajes como estos: “Esto causó muy gran admiración y espanto [sus milagros] y en toda la tierra no se hablaua en otra cosa” (cap. 22); ya más seguro de su ruta, el narrador no sólo busca noticias sino que procura ampliarlas:

y paresciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las auían auido [puntas de flechas que Núñez tomó por esmeral-

⁵⁹ La transferencia de tópicos literarios a la historiografía, y las variantes que esas modalidades asumen en el discurso histórico, las expone CURTIUS, *op. cit.*, pp. 82f, 128, 381. HERODOTO en la casi totalidad de su libro II, al narrar la historia y costumbres de Egipto, nos muestra cómo va recopilando sus datos: “En fin, eso es lo que me dijeron sobre la crianza de esos niños; pero también alcancé otras informaciones en Menfis, cuando entré en conversaciones...”. Cito la edición de Carlos Schrader, Gredos, Madrid, 1977, t. 2, p. 280.

das] e dixeron que las atraían de vnas sierras muy altas que están hazia el norte y que las comprauan a trueco de penachos y plumas de papagayos; y dezían que auía allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes (cap. 31)⁶⁰.

No sería excesivo afirmar que la estrategia narrativa en los *Naufragios* en buena medida representa la lectura que hace el relator no sólo de su pasado, sino además de sus textos anteriores, lo cual, en términos epistemológicos, problematiza aun más la naturaleza del texto. Para que comprendamos con mayor precisión algunas de las duplicidades que son inherentes al enunciado en los *Naufragios*, hay que tener en cuenta que el objetivo —siempre tácito— de la narración no sólo es corroborar los hechos. A lo que se aspira secretamente es a una efectividad expositiva que sea capaz de superar —desde su expresividad— el cariz y proporciones de lo ocurrido. Al estar conscientes de esa dimensión preponderante del discurso, reconoceremos que la narración remite tanto a un proceso escritural —de redacciones anteriores propias y ajenas— como al contexto que se describe. Más aun, al percibirla así comprenderemos también que el texto repetidamente superpone, en sus diversos estratos, la temporalidad histórica y la del enunciado personal que hemos consignado. Posibilidad esa que emerge, en parte, cuando la formulación escrita pretende suplantarlo, desde sus códigos, el protagonismo de la experiencia descubridora.

Creo que el proceso consignado hasta aquí nos revela que Cabeza de Vaca se vio obligado a desarrollar otra percepción de sí mismo. Tal vez y sin quererlo, Núñez logró niveles de autodescubrimiento que fueron motivados por su relación, casi visceral, con seres humanos y contextos que eran, en todo sentido, el reverso de lo que él había conocido. El desplazamiento traumático de un marco cultural a otro le obligará a conocerse en la marginalidad extrema de un ser que se siente totalmente ajeno a lo que le rodea. Más tarde, con no poca sorpresa, se reconocerá como chamán y a la vez portador de la promesa evangélica. Todo ello habrá de ocurrirle en el lento y equívoco trayecto de un regreso que supuestamente le devolverá a un mundo que es el suyo (Nueva España). Pero, en definitiva, gran parte de esa nueva sociedad virreinal le resultará paradójicamente ajena, acaso como resulta-

⁶⁰ Esa ya famosa referencia, entre otras, hizo pensar a las autoridades virreinales que los “pueblos de mucha gente” bien podían ser las míticas ciudades medievales de Cíbola.

do de las cruentas transformaciones que ya él había sufrido. Pero aunque así fuese, es factible sospechar que en última instancia ese proceso de autodescubrimiento se efectuó plenamente en la última fase de verificación; o sea, en la realización narrativa y en el acto mismo de escribirse.

La lectura que ofrezco de los *Naufraios* nos revela que Núñez tuvo una conciencia —cada vez más aguda— de que el hecho histórico no tiene vigencia perdurable fuera de la codificación narrativa como *rerum gestarum*. No sólo le interesó hacer relación del “viaje, entrada y salida de la tierra” (Norteamérica) sino que añade, como propósitos ulteriores y ya camino de España: “quiero hacer memoria y relación de lo que hizieron los navíos y la gente que en ellos quedó [...]” (cap. 38). Pero hoy sabemos que una proporción considerable de las experiencias y conocimientos a que Núñez tuvo acceso permanecerían diferidas y atenuadas en sus textos⁶¹. Me refiero ahora a vacíos lingüísticamente insuperables. Ya en etapas anteriores de estas notas señalé que sectores considerables de la narración resumen, a su manera, diálogos y conversaciones que se produjeron entre Cabeza de Vaca, sus compañeros e indígenas norteamericanos que pertenecieron a culturas muy variadas. En esos casos el texto implícitamente encarna una secuencia de traducciones en las que significados formulados en la urdimbre de antiquísimas tradiciones orales del paleolítico americano se transfieren a la sintaxis de un castellano renacentista que Núñez poseía con evidentes limitaciones.

Para que tengamos una percepción más clara de la complejidad lingüística que permanece como secreto trasunto de los *Naufraios*, recordemos que en las lenguas habladas por sociedades propias del paleoindiano, las acciones individuales o colectivas solían despersonalizarse mediante sistemas establecidos de abstracciones que se aproximaban a los recursos expresivos de la sinécdoque, como bien lo apuntó Lévi-Strauss; figura esa que, en el código lingüístico, tiende a la configuración de un objeto mediante la referencia a uno de sus componentes reales o imaginarios. Todo lo cual alude a un sistema de representación en el que una cualidad abstracta puede tener un valor superior al que se concede al objeto material en sí. Si retomáramos esas consideraciones, en los tér-

⁶¹ No le era posible aludir, por ejemplo, a la participación que como chaman pudo tener en una gran variedad de ceremonias. Ni podía referirse a la intimidad que, sin duda, conoció con mujeres de aquellas tribus. Esas posibilidades están implícitas en los comentarios que Núñez hace en los caps. 13 y 35 entre otros.

minos explicitados por Saussure, comprenderemos entonces que a menudo en los *Naufragios* captamos significantes y significados sin que queden claras las posibles relaciones entre ambos. La utilización de diversas calabacillas en actos ceremoniales nos serviría como un ejemplo de lo que he anotado (cap. 27).

El que destaco es, pues, un proceso de transposiciones y pérdidas que supone enormes escollos de orden lingüístico y que permanece latente en la narración; proceso que se pone en evidencia sobre todo cuando el relator se empeña en lograr reducciones semánticas que puedan ser asequibles al lector europeo de la época. Las dificultades inherentes a esfuerzos de esa naturaleza se reflejan en la torpeza expresiva que nos muestran estos comentarios: “Entre estos —nos dice Núñez— hay una lengua en que llaman a los hombres por mirá acá, arré acá” (cap. 26). Esas experiencias vividas en un contexto de adversidades lingüísticas se hacen todavía más visibles en confesiones como ésta que nos hace Cabeza de Vaca:

Pasamos por un gran número de diuersidades de lenguas, con todas ellas, Dios nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron y les entendimos. Y ansí preguntáuamos y respondían por señas como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya, porque aunque sabíamos seys lenguas no nos podíamos en todas partes aprouechar de ellas, porque hallamos más de mil diferencias (cap. 31).

Para que podamos hacernos una idea acerca de ese posible margen de pérdidas ocasionadas por traducciones y formas variadas de la paráfrasis, es necesario apuntar que la lengua de los cahuiltecas⁶², por ejemplo, era rica en expresiones monosilábicas que a su vez solían amplificarse mediante un complejo registro

⁶² Lo que sabemos sobre esos estratos lingüísticos, hoy desaparecidos, se resume en los estudios recientes de IVES GODDARD, “The languages of South Texas and the Lower Rio Grande”, en Lyle Campbell y Marianne Mithun (eds.), *The languages of Native America: historical and comparative assessments*, University of Texas Press, Austin, 1979, pp. 355-389; L. CAMPBELL, “Cahuiltecan”, en *Encyclopedia of Indians of the Americas*, Scholarly Press, Saint Clare Shores, Michigan, 1980, t. 4, pp. 265-267; véase además ALLAN R. TAYLOR, “Nonverbal communication in aboriginal North America: the Plains’ sign language”, en *Aboriginal sign languages of the Americas and Australia*, eds. D. Umiker-Sebeok y T. Sebeok, Plenum Press, New York, 1978, t. 2, pp. 223-246. Para más observaciones sobre los procesos de comunicación entre indios norteamericanos, véase también CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *The savage mind*, Anchor, Chicago, 1966.

mímico que no podía tener equivalente alguno en el contexto cultural que Núñez representaba. No es aventurado suponer que el margen de errores y malentendidos debió ser considerable, ya que muchas de las traducciones que Núñez resume las obtuvo de segunda mano a través de Estavanico. “El negro les hablaua siempre, se informaba de los caminos que queríamos yr, los pueblos que auía y de las cosas que queríamos saber” (cap. 31)⁶³.

En su base, la dificultad mayor que acarrearán esas transcripciones libres resumidas por Núñez ocurre cuando se pretenden integraciones lingüísticas tan dispares en una relación cuyos destinatarios eran, sobre todo, lectores oficiales que juzgaban el texto a partir de circunstancias radicalmente ajenas a lo que se describe⁶⁴. Tenían que ser omitidas, por supuesto, las inflexiones y matices de lenguas indígenas que su castellano obviamente no podía alcanzar. En los términos más simples, esos sectores del

⁶³ La posibilidad reiterada de malentendidos, por parte de Núñez, se observa cuando califica repetidamente como festejos las ceremonias y rituales de aquellas dispares culturas indígenas. Véanse caps. 27, 30 y 31. Obsérvese que, más de una vez, Núñez confunde las ceremonias de los cahuiltecas con areitos de los indios taínos ubicados en las Antillas. La complejidad y grados de matización inherentes a una lengua parcialmente señalizada en la mímica no pueden resumirse con facilidad. John P. Harrington del Bureau of American Ethnology de la Smithsonian Institution (Washington, D.C.) constató, con razón, que esa comunicación señalizada fue una de las grandes invenciones de los indios norteamericanos. ROBERT HOFSENDE, en su revelador ensayo “Talk-without-talk”, ilustra cómo se resumían, por ejemplo, entre los indios cheyenne, conceptos de igualdad, falsedad o de amistad. Así una narración que hubiese requerido más de mil palabras en inglés o en español era resumida plenamente en 169 gestos. Véase *Aboriginal sign languages*... , pp. 148-155. La presencia de esos datos sugiere de inmediato la enorme dificultad que presuponía para Núñez traducir formas de comunicación condensadas hasta tal extremo y que a su vez remitían a contextos e iconografías totalmente ajenos al lector europeo. Recordemos que, ya en citas anteriores, Cabeza de Vaca alude concretamente al uso de esas comunicaciones no verbales. Cahuilteca es la denominación que Manuel Orozco y Berra dio en 1864 a comunidades que habitaron áreas próximas al Golfo de México, y sobre todo en la zona comprendida entre las costas de Texas y el área de Coahuila en México. Algunos de esos grupos se extendieron hasta la zona que hoy ocupa San Antonio (Texas). La información que se conserva de la lengua cahuilteca, y sus variantes, radica en un corpus limitado de documentos escritos por frailes que organizaron misiones en esa amplia región. Véase IVES GODDARD, art. cit., pp. 355-389.

⁶⁴ Entre otras aportaciones, el texto de Cabeza de Vaca confirmaba un vasto espectro de diversidad cultural; datos estos que diferían, en extremo, de las concepciones generalizadas que los europeos tenían de los aborígenes americanos. Véase el magnífico estudio de ANTHONY PAGDEN, *The fall of natural man*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

texto de Cabeza de Vaca vienen a ser una sucesiva yuxtaposición de significantes —entre los que figura la propia escritura de Núñez; significantes que se subordinan forzosamente al régimen de representación que suponía, en tanto código cultural, el castellano renacentista.

Consideremos a la vez que Núñez debió retener en su texto sólo aquellos datos y alusiones que parecían tolerables a las autoridades que recibirían y aprobaban sus escritos. Pero estimo que parte de esas limitaciones están compensadas, en otro nivel, por narraciones intercaladas, hoy célebres, como el relato que describe a la diabólica figura de Mala Cosa (cap. 22); y no menos podría decirse de episodios escatológicos en los que presenciamos acciones de violencia extrema y el desgarrado canibalismo que cometieron los españoles entre sí (caps. 7-17)⁶⁵.

CONCLUSIONES

Al proponer una caracterización global de los *Naufragios*, es necesario recordar que en este texto, como en todo relato que asume parcialmente un cariz autobiográfico, el enunciado no sólo constata los hechos sino que además describe directa e implícitamente la producción misma de lo narrado⁶⁶; hecho que, una vez más, pone en evidencia la subrepticia autorreferencialidad de la escritura en los *Naufragios*; y en el contexto de estas últimas precisiones es útil recalcar que la narración se configuró en una serie de reescrituras sucesivas —que se inician en 1527 y concluyen hacia 1554—, en las que la última remite tanto a la configuración del texto anterior como a la secuencia de acontecimientos evocados; proceso que, por necesidad, instituye una gradual e inevitable dispersión de significados, propia, en todo caso, de elaboraciones textuales que representan un proceso de amplificación narrativa. Ade-

⁶⁵ Cf. también cap. 14.

⁶⁶ Al constatar esa dimensión autodescriptiva, interesa destacar, por ejemplo, una forma de duplicación interior que ilustra la complejidad formal de los *Naufragios* y que podría trastocar los esfuerzos de toda lectura meramente consecutiva del texto. Observemos que el cap. 18, titulado “De la relación que dio Esquivel”, constituye la glosa y evocación resumida que hace Cabeza de Vaca del relato que su compañero le había proporcionado. En ese comentario se altera la cronología de los hechos y se funden dos voces narrativas en forma similar a como lo había hecho Fernández de Oviedo con la *Relación* de Núñez.

más en ese quehacer, bien lo sabemos, no siempre quedarán resueltos los espacios que delimitan los argumentos, la estructuración de lo relatado y lo que en definitiva se narra⁶⁷.

Para no juzgarle arbitrariamente, hay que insistir en que el célebre texto de Alvar Núñez ilustra la laboriosa secuencia de reescrituras que al parecer no alcanzaron una formulación definitiva⁶⁸. Dicho de otro modo, los *Naufragios* han retenido una condición provisional, casi de borrador, que paradójicamente nos acerca a su intimidad constitutiva. Expresado metafóricamente, es en su hechura problematizada e inconclusa —y no en el azar marítimo— donde acaso residen las instancias más punzantes de zozobra que el texto puede ofrecernos. Al caracterizarlo así, me parece razonable subrayar que los dos últimos capítulos, matizados por la aparición de piratas y por la profecía insólita de una nigromántica de Hornachos, sólo pueden justificarse como el resultado de una relectura desde la que se le quiso dar al texto una mayor latitud imaginativa; sobre todo al vincularlo con tópicos que entonces disfrutaban una obvia vigencia literaria en la narrativa mediterránea. Por último, también valdría la pena recordar que el que comentamos aquí es un enunciado que con frecuencia emprende la acción primigenia de nombrar lo desconocido. Es acaso esa precursora acción nominalista la que puede aproximar la *Relación* de Cabeza de Vaca tanto a las enteleguías primarias del mito como a poderosas fabulaciones que en nuestra tradición cultural estarían idealmente representadas por *Cien años de soledad* (1966)⁶⁹ de Gabriel García Márquez. Pero al suscitar consideraciones análogas de ese cariz no pretendo insinuar que los *Naufragios* deban verse como una tipología primaria de la ficción americana tal y

⁶⁷ La variedad de voces narrativas que ya he señalado, las duplicaciones interiores que acabo de apuntar y los incidentes finales, algo fabulados, en torno a piratas y la nigromántica, así como la secreta voz del posible escribano que aparece en el penúltimo capítulo; todos esos componentes sugieren, de diversas maneras, la posible irresolución formal del texto.

⁶⁸ Recordemos que tanto los escritos del Hidalgo de Elvas como los testimonios descubiertos por Enrique Gandía, y la presencia del escribano anónimo que surge en el cap. 34, dan repetidos indicios de manuscritos que Núñez llevó consigo en diferentes ocasiones. Véase ENRIQUE GANDÍA, *De la Torre del Oro a las Indias*, Eds. Rosso, Buenos Aires, 1935, p. 128; y H. R. WAGNER, "Alvar Núñez...", p. 9.

⁶⁹ Sobre el registro de discursos y valores culturales que esa novela contiene, consúltese el excelente estudio de ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, "Cien años de soledad: the novel as myth and archive", *MLN*, 99 (1984), 575-578.

como hoy entenderíamos esos vocablos. En su realidad constitutiva —y como tantas otras narraciones de los siglos virreinales— el texto de Cabeza de Vaca exhibe una rica hibridez de composición que se corrobora en lecturas recientes e informadas de los *Naufragios*⁷⁰. Pienso que es esa fecundante pluralidad de sus componentes lo que ha permitido que hoy podamos asumir el texto de Núñez como factor seminal del discurso cultural hispanoamericano.

ENRIQUE PUPO-WALKER
Vanderbilt University

⁷⁰ Véase DAVID BOST, "The *Naufragios* of Alvar Núñez Cabeza de Vaca: A case of historical romance", *South Eastern Latinamericanist*, 2 (1983), 3-12.